

que fué objeto de la ambicion, y todo lo que sirvió de materia á las pasiones humanas? Aquel empleo elevado que tanto costó, luego pierde todo su valor y todo su mérito en mirándole, por decirlo así, á dos dedos de la sepultura. Esa magnificencia, ese fausto, esa suntuosidad, ese esplendor que tanto deslumbra en vida, perdió entonces toda su brillantez. Hasta los resplandores de la majestad real se oscurecen con las sombras de la muerte. Grande ejemplo nos ha dado de esta verdad el siglo presente. Aquel monarca tan celebrado en el mundo por el dilatado reinado de setenta y dos años, Luis XIV, digo, soberano en quien por los años se contaron las victorias; aquel monarca que fué la admiracion de todas las naciones, el terror de sus enemigos, idea real de la mayor grandeza y la mas brillante imágen de la humana felicidad, muere como mueren todos los demás hombres; y en-aquel último momento de la vida, grandeza, poder, majestad, resplendor, todo desaparece, todo se apaga de repente. ¡Oh, buen Dios, y qué de falsas brillanteces se descubren en aquella hora! ¡Oh, qué bello punto de vista el de la muerte para representar muchos objetos, y para hacer patentes muchos misterios! En la vida, por engaño de las pasiones, se nos representan todas las cosas á una falsa luz; pero en la muerte todo se nos pone delante como es en sí sin engaño y sin artificio. Entonces se descubre distintamente el verdadero motivo de aquellos amargos zelos, la legitima causa de aquella maligna envidia, el objeto de aquella desmedida ambicion; pero ¿con qué cara se nos descubre? ¿qué se piensa entonces de esa sórdida codicia, cuando de todas las posesiones adquiridas, de todos los tesoros amontonados, no resta mas que una sepultura, un ataúd y una mortaja? ¡Oh, y qué santamente se moriría si se muriera dos veces!

El evangelio es del capítulo 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis judæorum : Ego sum panis vivus, qui de celo descendí. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo, dijo Jesus á ia muchedumbre de los judíos : Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente ; y el pan que yo daré, es mi carne, (la que daré), por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo : que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DEL VERDADERO SECRETO PARA LOGRAR UNA SANTA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero secreto para lograr una santa muerte, es tener una santa vida. Vanamente se lisonjea el hombre, confiando en los socorros espirituales que logrará en una larga enfermedad. Fuera de la incertidumbre del tiempo, de la incompetencia del estado y de la incompatibilidad de las circunstancias, es cierto que esas conversiones preci-

pitadas, superficiales, y por la mayor parte forzadas, rarísima vez fueron verdaderas. Es menester que haya algun intervalo entre la conversion, entre la penitencia y la muerte. Aun habiendo vivido con un exacto arreglo de costumbres, con una vida inocente y ajustada, todavía se temen, y con razon, los altos juicios de Dios; ¿pues cómo podrá asegurar á un moribundo una conversion de dos dias, despues de una vida desbaratada y perdida? Para una fundada confianza es menester un motivo mas sólido y mas plausible. Dios es misericordioso, es verdad; pero en esa misma infinita misericordia confiaban los mayores santos, y con todo eso, temblaban. Convengamos, pues, en que solo una vida pura, una vida penitente, una vida empleada en ejercicios de mortificacion y en la práctica de las virtudes cristianas, una vida conforme á la ley y á las máximas del Evangelio, puede fundar una verdadera confianza. Confesemos que una santa vida es el verdadero secreto de lograr una santa muerte. Y de buena fe, ¿cómo es verosímil que, despues de haber pasado los dias de la vida en una continua desobediencia, y aun en un menosprecio formal de los mas sagrados preceptos, de la mas clara voluntad de Dios tan expresa en el Evangelio; despues de haber preferido siempre las impías máximas del mundo á las santas máximas de Jesucristo; despues de haber sido cristiano de solo nombre, sin tener mas que una aparente ceremonia y sobrescrito de religion; despues de haber menospreciado á sangre fria y con reflexion las gracias mas fuertes, las inspiraciones mas vivas, las exhortaciones mas apretadas, los ejemplos mas convincentes y todos los medios de conversion mas eficaces; una última enfermedad, que debilita la razon, que nos hace incapaces de atender al mas mínimo negocio, que nos obliga á romper los lazos mas fuertes y mas estrechos sea ni tiempo, ni estado, ni

medio proporcionado para reparar todos los desordenes y todo el desbarato de una vida que pediria treinta años de retiro, de lágrimas y de penitencia? ¿No es desacreditar nuestra religion, y en cierta manera insultar á Jesucristo, imaginar, y mucho menos creer, que seguramente se puede contar sobre esa especie de ceremonia ó de monería? Aquella mujer perdida, aquel hombre disoluto, aquel eclesiástico mundano, aquel religioso tan irregular, tan indevoto y tan inmortificado, ¿habrán hallado por ventura el secreto de eludir todos los oráculos de Jesucristo, sus leyes, sus consejos y sus amenazas? Forma el sistema que quisieres; figúrate la moral que se te antojare; finge la doctrina que te lisonjeare mas; pero desengáñate, que el verdadero, el único secreto de lograr una muerte cristiana, es vivir cristianamente. Bien puede Dios hacer milagros: mas ¡oh, y qué digno de compasion es aquel que solo fia á un milagro su salvacion! Por Dios, no hagas inútiles estas reflexiones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que tambien hay otro secreto para lograr una santa muerte, muy reconocido de todos los santos padres; este es la verdadera devocion á la santísima Virgen. Pero no creas que por verdadera devocion se entiende una sarta ó una multitud de oraciones vocales, rezadas en honor y reverencia de la Madre de Dios; un nombre escrito en los libros de una congregacion ó cofradía de la Virgen; una costumbre en ciertos ejercicios de mortificacion y de piedad, que, aunque muy santos, no bastan, si no están animados de la gracia y del espíritu cristiano; todas esas devociones muertas, y por decirlo así, descarnadas no merecen el nombre de verdadera devocion. Por

esta se entiende un deseo ardiente de honrar, servir y agradar á la Madre de Dios; se entiende un porte cristiano, que pruebe la rectitud, la pureza y la santidad de las disposiciones interiores; se entienden unos ejercicios de devocion, que sean efecto de un corazon abrasado en el amor de Dios y en ternura á la santísima Virgen. No puede la Madre mirar con buenos ojos á los que son desagradables á su santísimo Hijo. Es, pues, visible que semejante devocion es un secreto admirable para lograr una santa muerte, porque es origen de una santa vida. ¿Qué auxilios, qué gracias, qué utilidades no granjea á los devotos de la Madre de Dios en aquel último momento decisivo de la eternidad? Es la santísima Virgen la que distribuye las gracias de su Hijo; y nunca hay mayor necesidad de ellas que en aquella última hora. ¿Cómo las ha de negar esta Madre de bondad á sus hijos, á sus devotos y á sus fidelísimos siervos? Cuando su piedad asiste aun á aquellos mismos que le profesaron menos devocion y confianza, ¿olvidará á los que la honraron, sirvieron y amaron tiernamente durante su vida? Y si los asiste y los protege de un modo tan tierno y tan activo, ¿qué gracias no recibirán ya contra los esfuerzos del demonio, ya contra los naturales temores de la muerte, las angustias y dolores de la última enfermedad? ¡Mi Dios! ¿dónde hay motivo de confianza mas bien fundado? ¿dónde hay esperanza mas llena de consuelo? ¿cuántas veces repetimos con toda la Iglesia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte?* ¿podemos temer que esta Señora se olvide, ni que se haga sorda á una oracion tan repetida? Confesemos, pues, que la verdadera devocion á la santísima Virgen es un secreto infalible para lograr una buena muerte.

Dignaos, ó Madre de mi Dios y amada Madre mia,

dignaos de oír favorablemente mis humildes ruegos. Espero que la sincera, la tierna devocion que os profesaré toda la vida, me asegure la gracia de una dichosa muerte.

JACULATORIAS.

Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostræ. Amen. Ecclesia.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Maria, mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste proteges, et hora mortis suscipe. Ecclesia.

María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y recíbenos en la hora de la muerte.

PROPOSITOS.

1. Siendo una santa vida el verdadero secreto de lograr una santa muerte, no busques otro inútilmente. Refiere á este fin todas tus acciones, todos tus proyectos y todos tus deseos. En cuanto emprendieres, y en cuanto hicieres, ten siempre á la vista este pensamiento tan necesario: *Y esto ¿me servirá para morir bien?* No solo has de hacer todos los ejercicios cristianos con esta mira, sino que aun todas las funciones de la vida civil las debes ejecutar con el mismo espíritu, y dirigir las al mismo respecto. Las aflicciones y las adversidades pierden la mitad de su amargura cuando se piensa que los trabajos nos pueden servir para desprendernos del amor á la vida, y para disponernos á una santa muerte. Las prosperidades embriagan, ó cuando menos aturden, y muchas veces trastornan la cabeza. Entonces trae á la memoria el pensamiento de la muerte, que este es el contraveneno mas eficaz.

2. Una de las cosas que mas nos interesa en la devocion á la santísima Virgen, es el conseguirnos una buena muerte. Este es otro poderoso motivo para tan santa devocion; sea la tuya desde hoy mas afectuosa y mas ardiente. De aquí adelante, cuando rezes la salutacion angélica, haz particular reflexion á aquellas palabras: *Nunc, et in hora mortis nostræ*; ahora y en la hora de nuestra muerte. Familiarizate toda la vida con las dos devotas jaculatorias que acabas de leer al fin de esta meditacion; y pide á la Madre de Dios su proteccion particular para la hora de la muerte.

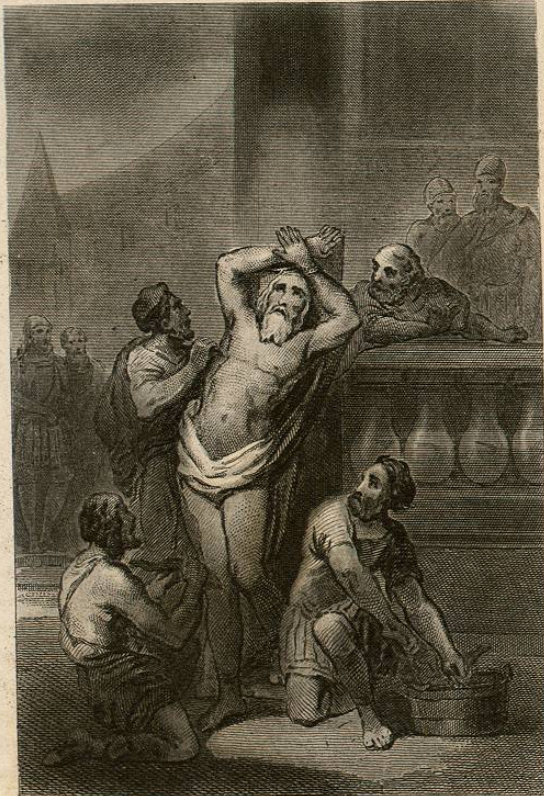
DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN BARTOLOMÉ, APÓSTOL.

San Bartolomé, á quien el Evangelio cuenta siempre el sexto en el número de los doce apóstoles, fué galileo, de condicion tan humilde como todos ellos, siendo de oficio pescador; pero eran muy puras sus costumbres. Fué hijo de Tolmai, como lo da á entender su propio nombre; porque *Bar* en hebreo significa lo mismo que hijo. Creyeron algunos que san Bartolomé fué aquel Natanael que san Felipe llevó á la presencia del Salvador, de quien el mismo Señor hizo aquel bello elogio cuando dijo: *Veis ahí un verdadero israelita, en quien no hay dolo ni artificio*. Pero san Agustin impugna esta opinion, asegurando que Jesucristo no escogió á Natanael para apóstol suyo, precisamente porque era doctor de la ley; y no queria valerse para el ministerio evangélico de letrados ni de sabios, sino de hombres idiotas y groseros, á fin de que resplan-

T. 8.

P. 506.



S. BARTOLOMÉ, APÓSTOL.